

Miscelánea histórica menorquina (*)

IX

Algunas notas sobre la vida menorquina en los años de la guerra de Africa (1859 y 1860) (**)

SESENTA y dos años nos separan del brillante episodio africano que esmalta la historia española del siglo XIX. Su repercusión en esta Isla, ha de mostrarnos uno de los sucesos más halagadores de la Menorca ochocentista y el actual estado de nuestro Protectorado en Marruecos ha de ofrecer oportunidad al recuerdo de los hechos que exhumamos. Muchos son los testigos vivientes de lo que vamos a relatar y es, además, cosa fácil repasar las colecciones de prensa de la época para realizar este estudio. Hoy por hoy, casi podríamos decir que aún no ha pasado a la Historia, pero de algún modo habrá de encuadrarse en esta el día de mañana y vamos a ver de dar cuerpo a lo que se halla disperso en distintos lugares ensayando la forma más adecuada a tal propósito.

El siglo XIX tan fecundo en trastornos políticos en nuestra Patria, ha legado a legado a la Historia algunos hechos culminantes, afirmación de la continuidad del espíritu nacional en que la abnegación y la aventura se enlazan frecuentemente para escribir los lemas variados de una continua epopeya.

Imbuida de ese espíritu hispano se hallaba la isla de Menorca, cuando el Gobierno de Isabel II, declaró la guerra al imperio marroquí en el otoño de 1859. Nosotros hemos parado mientes en este periodo de la vida menorquina, porque en

(*) Véase la REVISTA DE MENORCA, Cuaderno IX del Tomo XV. (1920).

(**) Leída en el Ateneo C. A. L. de Mahón, el 12 Mayo 1922.

el se hace patente el patriotismo insular. Si en nuestras investigaciones hemos tenido el sentimiento de tropezar con sucesos, como la pérdida de la isla en 1798, que tanto decaimiento acusan en el españolismo menorquín, grande es nuestra alegría al observar que han existido momentos en que la Balear menor aparece curada de aquella amnesia patriótica y halaga al espíritu hallar una compensación o si se quiere una enmienda a sensibles actitudes. Además, hemos estudiado distintos aspectos de la Historia nacional en la repercusión que tuvieron en la vida insular, entre ellos algunos servicios prestados a España durante la guerra de la Independencia y es lógico seguir en nuestro propósito examinando lo ocurrido en Menorca en otras ocasiones señaladas de la Historia española. Entre ellas, pocas puede haber de mayor importancia que la caracterizada por el desarrollo de la breve guerra sostenida en Africa por nuestras tropas a fines de 1859 y principios de 1860.

Y a buscar noticias sobre aquella etapa de la vida menorquina hemos acudido a las fuentes que a mano teníamos, fuentes constituídas por la prensa local de la época, por las noticias guardadas en los archivos oficiales, y por las referencias orales que a nosotros han podido llegar en el día. Sobre la valoración que asignamos a tales fuentes y el uso que de ellas hemos hecho séanos permitido exponer algunas consideraciones que nos permitirán concretar nuestras ideas sobre este particular de tan alto interés en la Ciencia histórica. Quizás ello sea digresión que nos aparte del tema, pero se trata de punto que tiene encaje adecuado en todas las disertaciones históricas sobre acontecimientos de la que llamamos *Edad contemporánea*. Y a poco que sobre el punto incidental discurremos vendrán de la mano, a colación en nuestro trabajo, los sucesos menorquines que rodean en el tiempo a aquellos que han dado motivo y tema a esta disertación.

Dije en otro lugar (*) que la Prensa constituía una fuente muy superior a la generalidad de las que nutren el acerbo histórico de la humanidad, Nada hay que la supere en firmeza ni la venza en amplitud de información. La investigación en monumentos, las numismáticas o epigráficas, obligadas están a un trabajo deductivo para formular conclusiones que les hagan útiles a los fines del historiador. La prensa hoy, como antes la Crónica, ofrece todas las esplendideces del detalle en el relato y permite, por comparación, realizar crítica simultáneamente al acopio de los elementos que brinda. Pues bien; a la Prensa he acudido, como he acudido a los archivos. En estos he logrado hallar datos fragmentarios; la Prensa no solo los ha aumentado sino que me ha prestado la argamasa que dá unidad al conjunto. He buscado también la información testifical pero no he puesto empeño grande en obtener materiales de tal procedencia, sometiéndome a las poderosas razones de que es un ensayo de investigación lo que realizo y que no debe buscarse una gran precisión en el relato oral cuando se nos proporciona a distancia del hecho relatado. Yo me situo en tiempo futuro; yo intento investigar hechos, aun cercanos, como lo haría un historiador de fines del siglo XX, y para ello estoy en las condiciones del que si no se halla separado de los sucesos a investigar por un gran lapso de tiempo, lo ha estado por un gran espacio del lugar y de la situación de las gentes que los presenciaron. Estas últimas para servir de testigos, a estas alturas habrían de ser privilegiadas con una memoria tenaz, clara y distinta de los hechos, que no fuera propensa a una confusión, nada extraña en el recuerdo de un corto periodo que presenció el desarrollo de sucesos tan salientes en la vida nacional y en la local como la guerra de Africa, la intentona de San Carlos de la Rapta, la visita de S. M. D.^a Isabel II a Menorca, la instalación del cable y otros que en el recuerdo de quienes los observaron deben superponerse y confundirse al modo como se superpo-

nen y confunden en el nuestro las escenas de las cintas cinematográficas que frecuentemente percibimos.

A la Prensa de aquella sazón acudimos pues, convencidos de que en ella encontraremos materiales de estudio, estudio que *a fortiori*, por inclinación invencible de la mente, ha de tener sus ribetes de comparativo con lo que hemos visto en ocasiones recientes o estamos viendo en nuestros días.

A la Prensa acudimos en preferencia porque ella en el orden de las fuentes añade a la fijeza de los documentos, la publicidad de los monumentos, y la riqueza de detalle de los relatos orales, bien entendido que no la suponemos exenta de defectos que son inevitables a toda labor humana y que de no existir, harían precaria la labor de la Crítica.

Y ya que hemos sentido porque acudimos a la Prensa, digamos que la menorquina en el periodo que es objeto de nuestro examen, reduciase al *Diario de Menorca*, que dirigía el conocido escritor don José Hospitaler, fundador de la publicación en 1.º de Diciembre de 1858. En el prospecto que precedió a su aparición, fechado el 19 de Noviembre anterior, se decía bien claro que estaba consagrado al sostenimiento y desarrollo de los intereses de la Isla, y las bases del periódico eran estrechar los lazos de unión entre los moradores del país, combatiendo toda causa de discordias, permanecer en un terreno de absoluta neutralidad política y tratar con circunpección las cuestiones locales. Con sagaz instinto al describir la parte distributiva del periódico, dícese textualmente que se insertará «una crónica local de los sucesos que merezcan mencionarse y sirvan en su día de documentos auténticos para la historia». Dispuesta la publicación a satisfacer el espíritu de los lectores en todos los aspectos de la cultura, añadía a sus secciones de información local y general, otras de ilustración histórica, literaria y artística y completaba aquella vaciando en sus columnas las órdenes y avisos oficiales que consideraba podían interesar al público. Por este periódico podemos formarnos idea del ambiente local en su tiempo; el nos mues-

tra el movimiento del puerto, el artístico, las variaciones meteorológicas, el ajeteo de los negocios, y lo más interesante en los ornenes religioso y militar.

En la sazón que nos ocupa la comunicación con el exterior se reducía a un correo semanal con la Península, que realizaba el vapor *Mahonés* saliendo de Barcelona y haciendo escala en Alcudia. Otro vapor, el *Rey D. Jaime I* o el *Rey D. Jaime II*, realizaba otro viaje semanal a la capital de la Provincia. Las comunicaciones telegráficas eran del género óptico y de caracter estrictamente oficial, si bien algunas veces la importancia de las lacónicas noticias que por dicho telégrafo (instalado en la época del mando de las islas por el Marqués de la Cenia, con fines militares) se trasmitían, hacía que las Autoridades les dieran publicidad. Fué en el año sesenta de la pasada centuria cuando se realizó la aspiración de unir a Menorca con la Península por el telégrafo eléctrico, tendiendo ese cable que a medio de cordon de enlace, añade el nuevo motivo de unión proporcionado por la Ciencia, a los muchos que ligan a esta isla con la madre Patria. Pero hasta que llegó ese momento, las noticias de última hora eran las más recientes de entre las muchas que importaban los vapores-correos. Y aunque el diario aparecía por las mañanas era frecuente que se hiciera solidario del interés general dando al público suplementos que le notificaran las últimas noticias llegadas por correo, para lo cual prescindía de consideraciones relativas a las horas y los días, pues todos le eran iguales con tal de llenar lo que ya en aquellos tiempos constituía una primera necesidad de la vida social. Bien diferentes procedimientos de los actuales en los que una exageración muy sensible del descanso dominical mantiene a España más de treinta horas en ayuno desesperante de la información mundial. La Prensa, proporciona a la Sociedad, los ojos que divisan el mundo y la Sociedad española queda ciega treinta y tantas horas a la semana. He aquí el resultado de una medida que se adoptó no ha mucho, consultando todos los intereses por ella afectados, menos el principal que era el del público.

Pero volvamos a nuestro *Diario*; alcanzó este periódico una época de interés en la Historia menorquina, pues en el se desarrollaron sucesos tan salientes como los que antes hemos indicado, a los que añadiremos que estampados en el *Diario* se encuentran detalles reveladores de adelantos en la vida insular, como el aumento del capital social de la «*Industrial Mahonesa*» esa fábrica de Cala-Figuera, abierta en 1857, hoy derribada por la mano del hombre, la adquisición por la Compañía marítima de la Isla, fundada por el ilustre patricio mahonés D. Juan Taltavull García, poseedora del *Mahonés*, de un nuevo barco más capaz, el *Menorca*, llamado a prestar grandes servicios en Africa; la construcción de la torre actual de la Iglesia Parroquial de Santa María; el establecimiento del Cuerpo de serenos en la Ciudad (1860); la feria de Mercadal inaugurada en Mayo de 1859, bajo brillantes auspicios... Era en aquella época cuando los astilleros mahoneses construían barcos de vela sin dar tregua a la labor, y ocupados todos los brazos útiles de la Isla, gestionábase con ahinco merecedor del éxito que se logró en 1859 que cuatrocientos presidarios vinieran a reforzar los contingentes militares y populares, empleados en las fortificaciones de la Mola y a realizar obras de conservación y aprovechamiento del puerto mahonés. Era entonces cuando se planeaban las principales carreteras de la Balear menor, dando comienzo a la obra y renovándose los caminos vecinales. Al celo de las autoridades locales, se unía el del diputado a Cortes don Francisco de Paula Vassallo, Mariscal de Campo, cuya gestión laudabilísima y denodada en pro de los intereses menorquines, mereció premiarse dando el nombre del celoso representante a una calle de nuestra Ciudad, siendo de extrañar que no se extendiera honor tal al General Bassols, Gobernador militar, a quien, según la prensa de la época debiera agradecerse también muchas de las mejoras alcanzadas para el país. Pero el diputado Vassallo, que pasaba en Menorca largos periodos de los que le dejaban libres las tareas parlamentarias, no solo se multiplicaba visi-

tando a sus representados, y estudiando sus necesidades, entre las que merecieron su preferente atención la dotación de aguas a la villa de Mercadal y el transporte de las de Santa Catalina a la Explanada de Mahón, sino que obsequiaba con sus larguezas a las clases humildes donando dos mil reales a primero de año para las viudas más pobres de la comarca e intentaba mejorar la ganadería del país, regalando seis moruecos manchegos para aclimatar esta especie en la isla. Consiguióse entonces como una aspiración de Ciudadela, que no se derribaran las murallas, con lo cual a la vez que se mantenía el carácter militar de la ciudad apesar del impulso dado a las obras de la Mola, se rendía homenaje a la antigüedad de la vieja capital menorquina. Digamos también que consiguió Menorca por la actividad y el interés de su diputado y autoridades y más que nada, por el reconocimiento de su importancia militar que obligaba a dar vida a la población y a multiplicar sus recursos, que se subastara en la isla la construcción de embarcaciones menores para los presidios de Melilla y adyacentes, y que se dispusiera terminantemente que las carreteras proyectadas en Menorca, se llevaran a ejecución inmediatamente de aprobadas con preferencia a todas las de la provincia.

* * *

Preferencia, hemos dicho, porque así se dispuso, pero no implicaba esta preferencia una postergación sobre otras comarcas del archipiélago, sino la realización de una necesidad nacional. Que con todo y significar una lógica distinción, no envuelve una preferencia obligada el sentido injusto de una diferencia. Y la verdad es que a juzgar por la lectura de los periódicos de la época, latía un sentir unánime en los hijos de las Baleares, bien manifestado en los ofrecimientos colectivos al Gobierno durante la campaña, sin que puedan destruir esta idea, la imitación a las tropas de Mallorca del obsequio con que la Diputación celebró la toma de Tetuán y las discu-

siones más amenas que profundas y razonadas sostenidas en la prensa sobre la importancia de los puertos de Mahón y Felanitx, y superioridad de uno de ellos sobre el otro. En cambio, cuando *La Correspondencia de España* atribuyó gratuitamente al vapor *Mallorquín*, al servicio del Estado supuestas desatenciones para los heridos que trasportaba de uno a otro lado del estrecho de Gibraltar, el *Diario de Menorca* se unió a la prensa mallorquina para recabar una aclaración que exigía el buen nombre de la provincia que costeaba en ofrenda patriótica los gastos del mencionado servicio.

* * *

De mucho de lo dicho puede colegirse el ambiente ciudadano menorquín del periodo que estudiamos. Era de afecto a la Nación, de adhesión al elemento militar y de vida intensa que se traducía en un general bienestar. Prosperaban los negocios, una guarnición importante respondía a los proyectos en vías de realización de hacer efectivo el aprovechamiento de la posición estratégica del puerto, manifestados en la actividad que se imprimía a las obras de la fortaleza de Isabel II en la que se hallaban empleados aparte de un batallón de Ingenieros, muchos naturales del país y un número grande de presidiarios; no menos de cuatro batallones de Infantería guarnecían la ciudad y la fuerza de artillería era de dos compañías en la ocasión que ofreció menor contingente. Las relaciones entre los elementos civil y militar fueron siempre cordiales. La frecuente visita de buques de guerra animaba la rada mahonesa, de continuo al punto de que el *Diario de Menorca* estimaba como novedad digna de hacerse pública el hecho de que pasasen ocho días sin movimiento de tal clase de barcos. La autoridad militar de la Isla la desempeñaba el Mariscal de Campo don Joaquín Bassols y Marañosa, que por notable coincidencia procedía de aquel Colegio artillero que funcionó en Villa-Carlos en una etapa de la guerra de la Independencia; era Sub gobernador don Agustín Sevilla, persona de la que

aún hoy se oye hablar en buenos términos a algunos de sus coetaneos; desempeñaron la Alcaldía de Mahón personas de apellidos tan conocidos como don Pedro Mir Pons y don Juan José Sancho; el ramo de Marina estaba dignamente dirigido por el Capitán de fragata don Francisco Merry y tenía a su cargo el Juzgado, don Francisco Cortils. En Ciudadela, sede episcopal, residía el Pastor supremo de la diócesis Ilmo. señor don Mateo Jaume y Garau. Parece, leyendo la prensa de la época, que eran cordiales las relaciones entre los pueblos de la Isla, puestos en comunicación por un servicio diario de coche que empleaba ocho horas nocturnas para trasladarse de Mahón a Ciudadela y ocho diurnas para el retorno. La sociedad era animada; se celebraban frecuentemente reuniones en las casas particulares y la temporada de teatro, unas veces de declamación, otras de ópera, era larga, comenzando en la fecha de Ntra. Sra. de Gracia para cerrar en Carnaval. Posteriormente se prolongaba algunos años, sobre todo si la compañía actuante no era de ópera o se daban alguna vez espectáculos variados del orden gimnástico. No solían faltar en aquella sazón ni las bailarinas en la ópera, ni el número de baile para fin de fiesta en las funciones de declamación. Todo ello acompañado de frecuentes serenatas por cualquier motivo, ya dadas por la banda popular, ya por las militares, ya por grupos reducidos, dá la sensación de que la vida se mostraba risueña a los mahoneses y no faltaban a estos el buen humor y las gratas expansiones del ánimo. Hasta en los pueblos se mostraba viva la afición musical, propia de aquel período en que brillaba con luz propia el Maestro don Benito Andreu y en que la Iglesia cantaba en los funerales solemnes las Misas de Requiem del Maestro Alaquer. Digamos, como ejemplo, que en S. Luis había doce músicos formando agrupación utilizada en fiestas y bailes. A estos y al canto también se inclinaban con satisfacción los hijos de la tierra combiniéndolos, a veces, en frecuentes bailes coreados; había una sociedad para los de Carnaval y los prodigaban en esta

temporada todas las de la localidad. Sin embargo, la más aristocrática necesitaba valerse de grandes esfuerzos para que la *élite* de la Sociedad mahonesa rindiese culto a Terpsicore en sus salones. Muestra deliciosamente lo tradicional de esta resistencia (que no compaginaba con la animación de las reuniones particulares) la siguiente gacetilla que quiero transcribir del *Diario de Menorca* del 9 de febrero de 1859. «Dice así» Mañana el *Casino Mahonés* dará el 1.^{er} baile de Carnaval y según hemos oído en algunas conversaciones particulares los señores que componen la Junta están resueltos a que sea el primero y el último, si es que nuestras elegantes insisten en la inexplicable costumbre de los años anteriores. Conque, niñas, ya lo sabéis—añade paternalmente el gacetero—si quereis bailar los últimos días acudid a los primeros, de lo contrario el gozo en un pozo». Acertado fué el empleo de esta forma de estímulo porque según en otro número del mismo diario hemos leído, la reunión estuvo animadísima y duró hasta la madrugada; debiendo significar aquí, como detalle de época, que los bailes preferidos por la sociedad más distinguida eran el Shotisch, la polca, la mazurca y, según el periódico aludido afirma, hasta el *viejo rigodon* y la coquetuela danza cubana. En cambio el vals era el baile favorito en las reuniones populares. ¡Quién había de decirnos que algunas décadas más tarde, el viejo rigodon y el democrático wals (sublimado este por la elegancia que le imprimió Worsley) había de ser bastante tiempo la única distracción lícita a las clases altas y que después de enterrados schotis, polcas y mazurcas, los exhumáramos en la segunda década del siglo XX, para alternarlos con el tango (legítimo sucesor de la *coquetuela danza cubana*), los bailes de nombre zoológico y los de nombre descriptivo! En las aficiones artísticas no podemos olvidar la Poesía; no faltaba fiesta sin que se improvisaran versos por un sinnúmero de aficionados; se llegó al extremo que habiendo pasado los oficiales de un Batallón de Infantería a felicitar a su Jefe en ocasión de su Santo, después

de escuchar la manifestación de gratitud de este, algunos felicitantes, contestaran al felicitado haciendo uso de la forma poética. Brillaba, entonces, en todo su apogeo, la poetisa doña Marcelina Vinent, a la que no ha mucho hubimos de acompañar a la última morada, enterrando en ella la principal supervivencia de aquella ya pasada época de florecimiento artístico y literario. Hospitaler, no dejaba ocasión sin encabezar el periódico que dirigía con largas composiciones poéticas; versos dedicaba a S. Antonio, versos al drama solemne del Calvario, versos a la llegada de doña Isabel II, versos a los héroes de Africa y a este florilegio se unía el estro de otros poetas como Andrés Hernández y Antonio Sala.

Muestras que aún hoy podemos contemplar de las Artes plásticas de aquella época son los conocidos cuadros reproduciendo distintos aspectos del puerto de Mahón, debidos al pincel de don Juan Font, el telón de boca del Teatro Principal que pintó don Francisco Pons Alzina en 1860, empleado hoy para cerrar el escenario en los entreactos y el medallón de Carrara que ostenta en relieve la efigie del Dr. Orfila, en la casa de la calle de este nombre, en que nació el ilustre taxicólogo.

En cuanto a las aficiones populares, es fuerza hacer notar la predilección que sentían por las cucañas, mucho mayor que la del actual regocijo conocido por *es capell*, ya que se prodigaban bastante, pues eran elemento obligado de toda fiesta veraniega y se las conocía horizontales y verticales, siendo de esta última clase la que erigía el Casino Mahonés en la plaza del Carmen con motivo de la festividad de S. Juan Bautista; cucañas horizontales sostenidas por una embarcación de guerra o mercante se establecían en la parte interior del puerto frente a la Alameda. No era exclusiva de Mahón esta costumbre, pues también en Villa-Carlos se practicaba en Cala Corp. Lo que en cambio, se había casi olvidado era la afición a las regatas y por aquellas fechas precisamente se intentó hacerla resurgir planeando tal deporte en las aguas de Villa Carlos.

Muestran estos antecedentes que la afición a las fiestas genuinamente marítimas no tenían el verdadero arraigo que daban derecho a esperar las condiciones geográficas excepcionales de la comarca.

El espíritu de mutualidad y el de asistencia al desvalido, se manifestaban en una Sociedad de Socorros mútuos el primero y en unas rifas para la Beneficencia pública el último. La citada Sociedad, constaba de más de seiscientos socios varones y más de quinientas hembras administrándose escrupulosamente por una gerencia y un Consejo de Administración, los nombres de cuyos componentes nos delatan la ascendencia de muchas de las personas con quienes hoy departimos.

* * *

Lo expuesto puede dar ligera idea de la vida de relación de la sociedad menorquina, allá por los años 59 y 60 de la pasada centuria; en ellos se desarrolló la guerra de Africa, que ha sido motivo de este trabajo y de cuyo tema nos hemos apartado sugestionados por el deseo de describir la escena donde se realizó el saliente suceso. Pero otros hechos afectaron a la historia insular y algunos de ellos, aunque ligeramente, los indicaremos a su tiempo. Séanos permitido anotar aquí, como antecedente de uno de tales sucesos, que el Capitán general de los Islas Baleares era el Mariscal de Campo D. Jaime Ortega, general de 42 años de edad, el más joven de su empleo, que desde la toma de posesión de su cargo en 26 Mayo 1859 mostró un interés vivísimo por el establecimiento de la comunicación cablegráfica entre la Península y la Mola con objeto de dar la preferencia que estimaba indispensable a los fines militares que debía llenar el territorio menorquín. Visitó la Isla en Junio del mismo año, trasladándose de Alcudia a Ciudadela en el barco de guerra *Antonia Ulloa* y efectuando su entrada en Mahón a las 5 y media de la tarde del domingo 5 de dicho mes, entre las tropas que le rendían

los honores de ordenanza. Varios días permaneció en Mahón, siendo objeto de algunos obsequios de los que participó la sociedad distinguida en una *soirée* celebrada en el Gobierno militar y los elementos populares en las serenatas que se dedicaron a dicho General, quien produjo muy buena impresión entre los menorquines. Nadie podía suponer al leer sus órdenes elogiando el buen estado en que encontró a la guarnición, en las que aparentaba tan completa adhesión al trono de Isabel II, que diez meses más tarde había de cortar su carrera brillante y su vida afortunada en una disparatada intentona contra la misma Reina, que le había confiado el mando superior de las Baleares.

* * *

Llegamos ya a la guerra de Africa. No entraremos a juzgar sobre la oportunidad y justificación de tal empresa militar que resultó gloriosa para la historia militar española, aunque de escasos por no decir nulos resultados materiales. No alcanza a nuestro objeto semejante juicio sobre lo que tiene hoy comentaradores severos y aún los tuvo en tonos de acre censura en ocasión más cercana a los acontecimientos, no siendo de los menos duros los formulados por el general D. Narciso Ametller. Pero es evidente que, justificada o no, tuvo aquella guerra, el don de unir a los españoles y apaciguar a los partidos políticos afirmando la política de la *Unión liberal* que acaudillaba el Conde de Lucena D. Leopoldo O' Donell, más tarde Duque de Tetuán, y asentando por unos años, sobre base sólida, el reinado de D.^a Isabel II.

Decimos que unió a los españoles y hemos de añadir que les inflamó en patriótico entusiasmo promoviendo un verdadero pugilato de ofrecimientos comparable al que el pasado verano sostuvieron las comarcas españolas, al sentirse heridas en su dignidad por el derrumbamiento de la Comandancia general de Melilla.

La provincia de Baleares ofreció al Gobierno dos barcos

mercantes, y aceptado el ofrecimiento el *Mallorquín* y el *Barcelonés* fletados por el archipiélago fueron destinados a servicios de transportes de tropas y heridos a través del estrecho, permaneciendo en tal situación todo el tiempo que duró la campaña. Y esta patriótica aportación que costaba 30.000 reales mensuales al Archipiélago, fué una de las notas más salientes del principio de la campaña, mereciendo que la *Gaceta Militar* de Madrid lo enalteciera en la siguiente forma: «Entre los donativos hechos para la guerra de África sobresalen dos, los más generosos, aunque de efectos muy distintos. El uno es el de las piezas rayadas regaladas en Sevilla, el otro el de los dos vapores costeados por las islas Baleares.»

En el orden de los servicios marítimos hemos de significar los muy valiosos que prestó el vapor *Menorca* de la compañía mahonesa, recién construido en Inglaterra y contratado por el Gobierno para su utilización en la guerra, merced a cuyo barco el nombre de esta Isla sonó en aquella campaña como en la presente se citan los del *Monte-Toro*, el *Menorquín* y el *Isla de Menorca*, recuerdos estos de lo que fué floreciente estado de la marina mercante isleña, así como el vapor *Menorca* simbolizaba el comienzo del período ya extinguido, por absorción de la compañía conocida por *La Marítima* en la actual *Trasmediterránea*. La guerra del 59-60, significaba la infancia de la personalidad marítimo-mercantil mahonesa; esta guerra podríamos decir que es el funeral de la ya muerta... y descompuesta compañía.

Pero sigamos hablando de los ofrecimientos poniéndolos en este lugar preferente porque ellos patentizan sentimientos generosos e impulsos de patriótica abnegación.

En noble avanzada de la serie las señoras se anticiparon a toda manifestación en este sentido. Y ello fué cuando la guerra no había rozado a Menorca, pues la iniciativa debida a doña Antonia Folguera de Bosch, digna esposa de la Autoridad militar se hizo presente al solo conocimiento de que iban a romperse las hostilidades entre nuestras tropas y las del Ejército de Marruecos.

No se había organizado en España la institución de la Cruz Roja, pero los servicios de esta se manifestaron espontáneamente en las señoras menorquinas. Nació aquella en el Convenio internacional de Ginebra de 1865 y por lo tanto no pudieron beneficiar de su asistencia generosa las víctimas de la empresa bélica hispano-marroquí. Pero en el corazón de la mujer los instintos beneficios que en el sentimiento maternal se inspiran, no necesitan del aparato legislativo y reglamentario para manifestarse donde la desgracia hace su presa y exteriorizándolos en feliz momento la dama citada invitó a una reunión en el palacio del Gobierno militar a las señoras y señoritas mahonesas para dar forma al propósito de cooperación. Y la reunión se celebró con bastante concurrencia el diez de Noviembre acordándose invitar a las mujeres menorquinas o residentes en la Isla a confeccionar vendajes y aprontar hilas y elementos auxiliares para la curación de los heridos en la campaña de Marruecos, designando al efecto una Junta que organizara esta labor meritisísima y fomentara la noble idea. Formaron esta Junta la Sra. iniciadora, como Presidenta y como vocales; doña Juana de Olives, doña Luisa Franco de Cathalan, doña Magdalena Pons de Sancho, doña Ramona Longavila de Almaraz, doña Antonia Vicens de Cheli, doña Magdalena Vidal de Moncada, doña María Enrich de Galindo, doña Petra Pérez de Catalán y doña Urbana Arce de López. Véanse aquí en fraternal amalgama apellidos hoy muy conocidos en Menorca con otros que simbolizan el elemento flotante de la población, indicando al reunirse como atrae siempre a los forasteros el espíritu de hospitalidad de los mahoneses y como es fácil unir siempre a los hombres al mágico conjuro de una idea excelsa. Análogamente se constituyó otra Junta en Ciudadela, apenas por conducto de doña Catalina Fábregas de Albertí, esposa del Gobernador militar de la vieja ciudad, se conoció el proyecto formado en la capital de la Isla, y en dicha Junta acompañaron a la Sra. de Albertí, la Baronesa de Lluriach, doña Angela Sintes Sintes, doña Eugenia

Vigo de Olives, doña Elisa Fraser de Carreras, doña Antonia Martorell de Carrió, doña Isabel Rosas de Janer, doña Francisca Sagrera y la señorita Josefa Nieto, siendo esta relación un resurgimiento de apellidos que se perpetuan en la sociedad menorquina, dándonos fé de que la historia se repite sin que la fuerce a ello la dirección humana. Con el mismo patriotismo y decisión respondieron a la iniciativa los otros pueblos minoricenses; paladines de la noble empresa fueron D.^a Catalina Trémol, en Mercadal, D.^a Antonia Pons de Salazar, en San Luis, y D.^a Juana Fontcuberta de Pons, en Villa-Carlos. Con ahinco trabajaron los centenares de señoras y señoritas que se adhirieron al patriótico deseo, al que también cooperaron los Colegios de niñas instalados en la isla, ya dirigidos por Religiosas o por Profesoras seglares, ajustándose en la confección de sus labores a instrucciones que hizo públicas la Prensa y a modelos que tenían a disposición de las simpáticas obreras las señoras de la Junta, cuyos modelos habían sido aportados por persona perita. Hasta el 6 de Diciembre se recibieron en el domicilio de la Sra. Presidenta, adhesiones y donativos y el 8 y 9 del mismo mes fueron expuestos los últimos al público en los Salones del Palacio del Gobierno Militar, produciendo una impresión que el Alcalde de Mahón refleja al dar cuenta al Gobernador civil diciendo que «...los resultados de la suscripción han excedido las esperanzas que en un principio se concibieron y que el considerable número de efectos y el orden y compostura con que se expusieron, causaban la admiración pública.» Tan ditirámbicamente como el Alcalde se expresa el *Diario*, que hace constar que en el acto dirigió la Sra. de Bassols la manifestación de gratitud a todas las que tan brillantemente habían respondido a su invitación. Fué dicho acto una verdadera demostración artística, pues según Hospitaler se habían formado «preciosos dibujos y conocidos emblemas ingeniosamente combinados en bandejas y canastillas elegantes...» todo colocado simétricamente. No menos

de doce cajones grandes, construídos y regalados a tal fin por D. Francisco Tudurí de la Torre, fueron precisos para contener aquella balumba de efectos sanitarios entre los que ninguno faltaba de los entonces en uso, hilos, vendas de distintas dimensiones, frondas, compresas, vendajes de cabos e inquinales, etc., debiendo hacer constar que dos de dichos cajones correspondían al donativo de Villa-Carlos. A los doce citados hubo que añadir uno de caoba, cuyo contenido era confección y donativo de las familias de Oficiales del Regimiento de Burgos y otro de regulares dimensiones, también de caoba, cuya procedencia se indicaba en la inscripción «Hilos y vendajes. La ciudad de Ciudadela de Menorca a nuestro Ejército de África». Las catorce cajas fueron remitidas a Palma para su destino a África y en tal aprecio se tuvo el valioso donativo que apenas recibidas en la capital de la provincia se participó su llegada telegráficamente.

(Continuará).

...
Flora Baleárica

Étude phytogéographique sur les Iles Baléares, por Herman Knoche. 1921.

LAS asociaciones vegetales tienen una importancia considerable puesto que son las que dan el aspecto del paisaje, la distribución del reino animal, dependiente del vegetal, las formas de la actividad humana, los caracteres generales del clima y la influencia del suelo.

Por eso la obra que reseño en ésta nota ofrece un interés extraordinario, para el naturalista y el geógrafo, pues es un estudio admirable del sabio Herman Knoche que después de

Miscelánea histórica menorquina

IX

Algunas notas sobre la vida menorquina en los años de la guerra de Africa (1859 y 1860) (*)

(Conclusión)

Al ofrecimiento de las damas menorquinas, debe seguir el de la Sociedad de Socorros Mújuos de Mahón. Esta Sociedad, formada por personas que en su mayor parte poseían escasos medios de subsistencia, abrió una suscripción entre sus miembros, cuya cuota máxima debía ser de cien reales, y a poco más de un mes consiguió reunir lo suficiente para entregar al Subgobernador de la Isla una caja conteniendo 460 varas de lienzo con destino a las confecciones sanitarias para enfermos y heridos de Africa.

Siguiendo la enumeración de la serie de los ofrecimientos, citaremos el de los caballeros de S. Juan de Jerusalem, residentes en Menorca. Eran éstos D. Spiridion Ladico, vecino de Mahón y D. Marcos M.^a de Carreras y D. Tomás Rotger, los dos de Ciudadela. De primera intención aportaron 740 reales; comprometiéndose el último a abonar 60 mensuales mientras durase la campaña para coadyuvar a las necesidades de la misma.

A los expuestos debe añadirse el ofrecimiento personal de sus servicios en favor de los heridos de Africa realizado por el Canónigo de la Sta. Iglesia Catedral de Menorca D. José Ibarra Calafau.

Con toda elocuencia y con brillantez de frase, el Obispo de la Diócesis en exposición a S. M., decía entre otras cosas

(*) Véase el cuaderno de esta REVISTA de Mayo último.

el 16 de Noviembre: «El exponente ambiciona la dicha y solícita de V. M. el honor de participar de los sacrificios extraordinarios que sean indispensables para mantener en toda su integridad la gloria y el prestigio del nombre español... mientras unido con su Cabildo, clero y pueblos todos de esta leal y pacífica isla levanta sus manos inermes al Cielo implorando su asistencia en favor de nuestras armas y de la justa y santa causa que defienden.»

Santa causa, fué para el Obispo la que impulsó a esta guerra; santa causa, fué para todos los que recordaban que se conocía con el sobrenombre de la Católica aquella reina de Castilla que nos legó el histórico testamento, abierto cada vez que se discute la conveniencia de ejercer una acción en Africa o mantener la iniciada. Testamento influido por el escaso tiempo que trascurrió después de la Reconquista, ha sido conservado como bandera de los africanistas y como bandera de los que entienden que nuestras empresas en tierra de infieles han de reconocer por lema la propagación de la fé entre las almas abismadas en el error.

Y así lo explicaba el Obispo de Menorca en el documento a que aludimos, refiriéndose a la guerra: «...la fé de los españoles se complace con revestirla de un cierto carácter religioso y sagrado, porque los enemigos que va a combatir y vencer el valiente ejército enviado por V. M. son los enemigos irreconciliables de la Cruz de Jesu-Cristo y de la Santa Religión de nuestros padres...» «...todos también presienten que las consecuencias de esta lucha han de serlo de un modo u otro favorables a la propagación del Evangelio y de la civilización cristiana...» «...en el verdadero espíritu nacional de los españoles siempre obran mezclados y hasta cierto punto provechosamente confundidos los tres elementos primordiales que lo constituyen: el amor a la Patria, al Trono y a la Religión...» El Prelado termina diciendo que sus sentimientos de adhesión y sus ofrecimientos son los de todo el clero de la diócesis.

Y ya que del Pastor venerable de Ciudadela hablamos, podemos añadir a lo expuesto que el 18 de Diciembre de 1859, dirigió una carta pastoral a los fieles de la diócesis que, impresa en Mahón en la imprenta de Juan Fábregues, se ocupa de los dos temas palpitantes en la ocasión aquella, a saber; la situación de los Estados pontificios y la declaración de guerra a Marruecos, temas los dos de vivo interés para la Iglesia, el primero porque se litiga en el la soberanía temporal del Sucesor de San Pedro en la Sede romana y el segundo porque al espíritu nacional de los súbditos diocesanos debía unirse el espíritu cristiano que, a juicio del Obispo, animaba la contienda bélica de allende el Estrecho. Las ideas religiosas sobre la guerra tienen en este documento una exposición clara impregnada de ardiente fé: «...el derecho imprescriptible que la soberanía de Dios se ha reservado y ejerce invisiblemente en medio de los sangrientos combates, haciendo concurrir a la ejecución de su sentencia no solo la bravura de los soldados, la bizarría de sus Jefes y el fino y pericia de sus principales caudillos, más también los elementos de la naturaleza, que le obedecen, y otras mil concausas que están fuera del alcance de toda humana precisión. Nuestros mayores miraron siempre bajo este punto de vista las grandes y gloriosas empresas de que está llena la historia de nuestra patria... Santificaban, por decirlo así, la guerra... ¡Con cuanta complacencia..., hemos visto reaparecer y brillar de nuevo con sus primeros resplandores ese patriotismo profundamente religioso y cristiano... ¡El grito de guerra contra la raza morisca que nos había provocado con nuevos insultos, acaba de resonar de un extremo a otro de la Monarquía; un ejército numeroso, bien disciplinado, ganoso de dar días de gloria a su Reina y a su patria, y cuya superioridad moral y material sobre las huestes enemigas era indisputable, se hallaba pronto y dispuesto a entrar en campaña; el sentimiento nacional, no muerto, sino adormecido había despertado en imponente energía.»

Bien condenaba el venerable Prelado, en estas últimas

frases la realidad del pensamiento español en aquellos momentos; la penetración de todas las clases sociales, de todos los estados en ese único anhelo de triunfo que había electrizado los corazones, manteniéndolos en el ansia de conocer como el emblema patrio ahincaba en la tierra marroquí en un alarde de superioridad, en una afirmación nacional más que en la satisfacción de un espíritu de venganza.

Bien me lo expresaba, coetáneo de aquellos sucesos gloriosos, el ilustre Dr. que hoy gobierna esta diócesis, cuando deparándome la honra de recibirme con su amabilidad y bondad características me refería impresiones de la época, que correspondía precisamente a su estancia en el Seminario.

El docto Obispo me refería la avidez y el entusiasmo con que se leía el *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, de Alarcón, y este general interés mostraba bien claramente que en Africa estaban las tropas y el pensamiento de España, y ésta alentando a aquéllas y nimbándolas de gloria con el impulso de su aliento vivificador.

* * *

Los embarques de tropas dieron lugar a que se exteriorizara el entusiasmo de los hijos y habitantes de esta tierra. Las noticias que llegaban de las victorias lo alentaban. *El Diario* queriendo abstraer a sus lectores en la consideración primordial de la empresa marroquí, cortó en seco la publicación de un folletín literario y lo sustituyó con una Geografía e Historia de Marruecos, haciéndolas seguir de otras particulares, relativas a nuestras posesiones. A la vez hizo extractos muy interesantes y acertados de las informaciones sobre la guerra, adicionándolos a veces con noticias directas, procedentes, sin duda, de corresponsales que formaban parte de las fuerzas expedicionarias. Con especial cuidado daban cuenta al público de las recompensas de que eran objeto los militares que habían embarcado en esta Isla y los que eran

hijos de ella y extendía su interés al de averiguar y publicar las bajas ocurridas en las fuerzas salidas de Mahón, de las que tenía al corriente a sus lectores.

Enumeremos primero, al detallar ligeramente dichas manifestaciones, los embarques de tropas.

El 20 de Octubre, en el vapor «Patifio» marchó a formar parte del 2.º Cuerpo de Ejército expedicionario, el Batallón de Cazadores de Figueras; la noche anterior la música obsequió con una serenata al General Gobernador y a las cinco de la tarde del día señalado zarizó el buque entre las aclamaciones del pueblo. En esta expedición fueron enviados a Marruecos los repuestos de víveres que había almacenados en la Mola y Lazareto.

El domingo 13 de Noviembre, en el vapor francés *Byrantin*, fletado por el Gobierno, emprendieron la marcha para incorporarse a la División de reserva del Ejército de operaciones, las cuatro compañías de Ingenieros que se hallaban de guarnición en esta ciudad ocupadas en las obras de la Mola. Acompañadas hasta el puerto por la banda de música del Regimiento de Burgos, llevaban tras sí a tal número de personas que, según el *Diario* «Mahón entero se presentaba a despedirse de estos bizarros militares».

Con entusiasmo creciente fué Mahón dando su adiós a los soldados de la Patria; el 26 de Diciembre en el *Mahonés* salieron 197 voluntarios de los cuerpos de la Guarnición (76 artilleros, 87 del Regimiento de Burgos y 36 del Provincial de Lérida). La música del citado Regimiento precedió a los expedicionarios en su desfile por la población y amenizó el embarque, que se verificó entre vítores y aclamaciones, de un modo tierno y conmovedor. Aunque, por distinta causa, ocurrió en esta ocasión, lo que el pasado verano presenciamos en el embarque de los artilleros de campaña, esto es, que la despedida fué doble, pues el *Mahonés* que conducía a los voluntarios hubo de regresar al puerto a poco de zarpar por «la muchísima mar y gran viento» repitiéndose la emocionante

escena al día siguiente. Digamos que el conjunto de los soldados que ofrendaban generosamente su esfuerzo a la Patria, iba mandado por el Subteniente D. Martín Iturralde, destinado a servir en la División vascongada.

Pero el entusiasmo de la población y la grandiosidad de la despedida, culminaron al marchar el primer Batallón del Regimiento de Burgos, que por su larga estancia en la ciudad había arraigado en ella, cristalizando en firmes afectos las relaciones establecidas entre expedicionarios y mahoneses.

El domingo 29 de Enero del 60, a las nueve de la mañana, el Batallón formado en la Esplanada fué obsequiado por el Ayuntamiento con cigarros y con *abundante aguardiente*. El General Gobernador revisó la fuerza y la dirigió una alocución patriótica glosando los temas del valor del Ejército, de las virtudes del Regimiento y del sentimiento de los que se quedaban sin poder compartir las glorias que iban a alcanzar los que veían partir. Terminó el General con vivas a la Reina, a los que siguieron otros lanzados por el Coronel del Regimiento, y desde la Esplanada, vitoreando a la Nación, a las instituciones, a las Autoridades, al Ayuntamiento y al pueblo de Mahón, se dirigió el Batallón al muelle rodeado de público que no cesaba de aclamarle. Terminado el embarque en medio de tal efusión de cariño y ardor patriótico, zarpó el *Marqués de la Victoria* y al pasar ante la fragata inglesa *Euryalus* surta en el puerto, la música de ésta le saludó con la *Marcha real española*, colmando con esta cortesía la exaltación de la abigarrada multitud donde todos, paisanos y militares, se hallaban fundidos por un mismo sentimiento. Para explicarse tal muestra a la vez de patriotismo y de extraordinario afecto a los que marchaban, basta decir que el Alcalde de Mahón, al contestar al oficio de gratitud que le dirigiera el Coronel de Burgos, decía: «...el Regimiento de Burgos del digno mando de V. S. se ha hecho acreedor al *eterno agradecimiento* de estos habitantes por su excelente comportamiento al mismo tiempo que a su admiración por la inmejorable disciplina, ins-

frucción y marcialidad de que sus distinguidos Jefes pueden estar con justicia orgullosos.»

De estas tropas sólo el último Batallón regresó a Mahón, pues los restantes pasaron a otras guarniciones (los Cazadores quedaron formando parte del Cuerpo de ocupación de Tetuán). El 5 de Mayo llegó dicho Batallón en el vapor *Tharsis* y es fácil colegir la alegría con que toda la población le recibió, animando el muelle durante las horas del desembarque.

* * *

Iban llegando los noticias de la campaña sin solución de continuidad; por cartas particulares se conocían muchas de ellas, pues el gran número de militares que de esta guarnición pasaron al Ejército de operaciones y las relaciones amistosas que se habían establecido entre ellos y los naturales del país fueron causa de esta constante comunicación. Recuerdo de aquella época es una *gumía* que puede verse en el Museo municipal, obsequio del Médico D. Salvador Solá al padre de nuestro buen amigo el ilustrado cronista de esta Universidad D. Francisco Hernández Sanz. A este señor debemos el haber encontrado algunos datos de los expuestos en la presente Miscelánea y sabemos por él que entre el Médico Solá que había sido Director de este Hospital militar y el Sr. Hernández, padre, se entabló una curiosa correspondencia reflejándose en las cartas del militar las vicisitudes de la guerra sostenida en el Mohgreb. Con estas, muchas otras mantenían viva la ansiedad menorquina, extendida a todos los hogares por intermedio del periódico local. Supiéronse al día las recompensas otorgadas a expedicionarios de la Isla y menorquines y los isleños vieron con júbilo que se premiaba con la Cruz de S. Fernando al Capitán D. Pedro Pons Orfila, hijo de esta ciudad; con la Cruz de Marina de la Diadema real al guardia marina mahonés D. Juan Bautista Victory, quien a bordo del

navío *Isabel II* tomó parte en el bombardeo de las fortificaciones enemigas; a D. Nicolás Chelí, con el grado de Teniente Coronel de Ingenieros; a D. Pedro de Eguia, que en este último empleo, había dejado la Isla, con el de Coronel de Infantería; y al Ayudante de Sanidad militar D. Sebastián Vinent, con la Cruz de Carlos III, y más tarde con la de S. Fernando. Citamos estos recompensados, entre muchos, por tratarse de apellidos conocidos, y no dejaremos de anotar que la más alta significación de los menorquines en la campaña correspondió al Brigadier D. Victoriano Hédiger que mereció ser ascendido al empleo de Mariscal de Campo por su comportamiento en la batalla de Tetuán, figurando, actualmente, su nombre esclarecido, por derecho propio, en la lista honrosa de los hijos ilustres de Menorca.

Como contraste curioso y triste a la vez, consignaremos el de que mientras el Alférez D. Leopoldo Ortega, a las órdenes del General Ros de Olano, se cubría de gloria y conquistaba la Cruz de S. Fernando, su padre, el Capitán General de las Baleares, usando deslealmente de su autoridad, embarcaba las guarniciones de Mallorca y Menorca y se lanzaba en primeros de Abril a la descabellada aventura de S. Carlos de la Repita, para expiar con su propia sangre la nota de discordia lanzada sobre el unánime sentir de la Nación entusiasmada por las noticias que llegaban del desarrollo de la brillante empresa hispano-marroquí.

No todo eran noticias halagüeñas; con honor, con gloria, pero causando general pena, ofrendaban su vida en los campos africanos algunos españoles que salieron de este puerto para tomar parte en la guerra; sin embargo, es fuerza convenir que el número de las bajas fué reducido y que jamás tuvieron confirmación los rumores que exageraban la nota sensible entre el cúmulo de noticias satisfactorias para el espíritu nacional. No ha de parecernos extraño que en aquella época de difíciles comunicaciones volaran las fantasías mucho más que en nuestros días, sometidas como están a circular por los hi-

los del telégrafo y por una importante red de ferrocarriles que no permiten demorar mucho tiempo el conocimiento de la verdad.

Las bajas que la prensa hizo públicas, fueron; 6 muertos de tropa y 27 heridos (5 oficiales) del batallón de Figueras, en el combate del 9 de Diciembre; 2 muertos y 15 heridos de tropa y 2 oficiales heridos leves, del batallón de Ingenieros, en el del 14 de Enero. El Brigadier Hédiger vió caer herido, este último día, a su ayudante y hermano don José. Y en el combate del 12 de Diciembre del 59 murió al frente de sus artilleros el Coronel don Juan Molins Cabanyes, padre del que más tarde fué General de División don Emilio, hijo ilustre de Mahón, prestigioso militar y benemérito patricio.

* * *

Era natural que el interés despertado por la campaña se manifestara en el orden religioso a la par que en el orden profano, pues en nuestra Patria han sido siempre inseparables las demostraciones de ambos órdenes en todas las grandes ocasiones de la vida nacional. Así pues, no faltaron las rogativas por el triunfo de las armas españolas, que se celebraron en la parroquial Iglesia de Santa María, a las diez de la mañana, precedidas de Oficio solemne, los días 4, 5 y 6 de Diciembre de 1859, con asistencia del elemento oficial y del pueblo, y con extraordinaria solemnidad: un *Te-Deum*, cantado en la misma parroquia el 26 de Febrero del 60 y con igual pompa, expresó la gratitud mahonesa al Dios de las victorias, con motivo de la toma de Tetuán, y otro, entonado el 25 de Junio, oficiando el Obispo de la diócesis pontifical, solemnizó religiosamente la satisfacción general por el término victorioso de la guerra.

Las mismas preces se elevaron al Cielo en todas las parroquias de la Isla y la magestuosidad y grandeza de los actos religiosos adquirieron singular relieve en los funerales

celebrados en sufragio de los muertos en la campaña, funerales que tuvieron, naturalmente, mayor importancia en Mahón y Ciudadela. Los de Mahón, fueron acordados por el Ayuntamiento en sesión de 26 de Mayo, designándose una comisión organizadora formada por los concejales D. Juan Mercadal, D. Jaime Seguí, D. Juan Sancho Caules y D. Juan Puigxerver, y señalándose el 19 de Junio para la celebración de las exequias. El Obispo de la diócesis, invitado al efecto, aceptó gustoso y ofició de pontifical en la ceremonia. La corporación municipal quiso encomendar la oración fúnebre al Capellán de honor del Prelado, D. Tomás Millán, orador sagrado de elocuencia reconocida; mas no pudiendo éste aceptar por falta material de tiempo, a causa de sus muchas ocupaciones, confió el encargo honroso y difícil a la vez a D. Juan Benito de Benito, Capellán del 2.º Batallón del Regimiento de Burgos, quien glosó con acierto y maestría los temas de la gloria de los héroes y de la unidad del sentimiento español cuando ve ultrajado el honor santo de la Patria.

El Ayuntamiento repartió con profusión unas esquelas de severo luto, invitando al acto a las Corporaciones y al pueblo y el día de la solemnidad coadyuvaron a ella todos los elementos locales y todas las clases de la sociedad. *El Diario de Menorca* apareció orlado de negra cenefa y en primera plana publicó una poesía de Hospitaler, de cuyo sentimiento dan idea las siguientes estrofas que copiamos:

.

Ay! que en todo sembrado de amargura
 encontramos el mundo;
 do la dicha aparece más segura
 allí el dolor profundo.
 Do la palma y laurel crecen altivos,
 allí el ciprés se ostenta;
 do el triunfo celebramos de los vivos
 la muerte se presenta.

Dejad esas guirnaldas, los colores
 ¿a qué en el desconsuelo?
 Un fúnebre crespón cubre las flores
 y alzad la vista al Cielo.

La Iglesia durante la ceremonia apareció atestada y mientras se celebraba esta el Batallón de Burgos con Escuadra, banda y música formaba en la Plaza de la Iglesia para tributar honores. Presidieron la solemnidad todas las Autoridades y asistieron todas las corporaciones en pleno. Se cantó una de las misas de *Requiem* del Maestro Alaquer, precedida de un *Nocturno* compuesto por el Maestro de Capilla D. Benito Andreu.

Pese a la buena voluntad revelada y a los elogios de Hospitaler en la crónica de la solemnidad, no podemos menos de reconocer que el túmulo en ella dispuesto, no sería tenido hoy por una demostración de genio artística ni aún de acierto histórico, porque era un conjunto de distintos cuerpos, con un féretro, tres pirámides y una colección de figuras y trofeos militares con una serie de inscripciones y versos que por huir de toda sencillez y de toda severidad debía ser más propio para distraer a los fieles con su difícil exámen que para concentrar el espíritu de estos en el dolor y la oración. Basta decir que presidía el abigarrado conjunto la estatua del cartaginés *Magon*, formando tribunal con las de la *Religión* y de la *Esperanza*; y que varios genios ocupaban los distintos pisos del monumento, en variedad de actitudes. Y colocados encima del féretro, para que no existiera duda sobre la aplicación de los sufragios, se veían un chacó, un ros, un casco, un sable, una espada y un machete. Convengamos, pues, en que hubo mejor intención que acierto y que la esplendidez con que se celebró la función religiosa disculpa a los organizadores de este error artístico, que por lo menos hoy merecería de la crítica algunas censuras para el autor.

La Iglesia estuvo iluminada con centenares de luces y la

bandera nacional ocupó lugar preferente en el presbiterio, habiendo sido arriadas durante el acto las que ondeaban en los edificios del Estado y del Municipio.

Pocos días más tarde, el 7 de Julio, se celebraron con igual intención, otros funerales en Ciudadela, en los que predicó el Magistral de la Sta. Iglesia Catedral, en cuyo templo tuvo lugar la solemne función, cantándose en ella una Misa del Miro. Alaquer desconocida aun de los presentes al acto. El túmulo fué bastante más sencillo y severo que el de Mahón gracias tal vez, según se desprende de la reseña que hemos leído, a no tener tantos elementos como en la capital de la Isla.

* * *

Señalemos las ocasiones en que se manifestó el público regocijo.

Haciéndose eco del espíritu popular, el director de la orquesta del Teatro Principal, Maestro Sr. Daniele Antonietti, compuso una pieza musical, dedicada a la guarnición de Mahón, con el título de *La toma del Serrallo*, cuya obra estrenada el 11 de Enero de 1860 constaba de tres partes, según rezaba el programa: *Diana, marcha y batalla*, habiendo sido ejecutada por la orquesta en combinación con la banda del Regimiento de Burgos. Nada dice la Prensa del éxito que tuvo esta conmemoración artística de la primera batalla de la lucha del 59-60, pero debió gustar, sin duda alguna, porque se repitió en otras ocasiones.

La alegría que se experimentaba al llegar las noticias de las victorias del *Serrallo, Castillejos, Cabo Negro, Guad-el-Jelú*, llegó a su punto culminante al arribar a este puerto, a las once y media de la mañana del 8 Febrero del 60, el vapor *Mahonés*, en viaje extraordinario realizado, espontáneamente, en diecisiete horas, para comunicar a los menorquines la noticia de la *toma de Tetuán* y de cuantos detalles

se conocían en Barcelona. El barco entró empavesado en la rada mahonesa y a poco de su llegada cumpliendo disposiciones oficiales o dando libre expansión al entusiasmo unánime, mientras hacían salvas las baterías de tierra y de los buques surtos en el Puerto, repicaban las campanas, se izaba el pabellón nacional en los edificios públicos y las músicas recorrían las calles dando al aire sus alegres notas. El *Diario* en una hoja suelta (por cierto de color verde) publicaba los telegramas recibidos por las Autoridades, por los cuales se venía en conocimiento de que el 4 del mismo mes se había conseguido una victoria completa sobre el ejército enemigo, entrando nuestras tropas en Tetuán, tremolando en esta plaza y sus castillos la bandera española. Dos reales por plaza fueron entregados a cada soldado y aunque con retraso, porque la orden superior dada el día 7 no llegó a Mahón hasta el 21, se celebró el triunfo con tres días de gala, disparándose dicho día 21 tres salvas de 21 cañonazos en la Fortaleza de Isabel II. Los Ayuntamientos de la Isla felicitaron al Gobierno por el éxito logrado, reiterando su adhesión al Trono y la Diputación provincial también hizo expresión de tales sentimientos en nombre de las Baleares. Pero fuera de estas manifestaciones inexcusables, se realizaron varios actos que dieron a Mahón el carácter de población en fiestas los días 8 y 9 de dicho mes de Febrero. El 8, aparte de los regocijos ya apuntados, celebró un baile animadísimo el Casino de la Unión al que asistieron invitadas las autoridades, descubriéndose un retrato de Su Majestad entre vivas a la augusta persona y al Ejército. La fiesta que duró hasta la madrugada, terminó con un castillo de fuegos artificiales, disparado frente al local social. En el Teatro se celebró un baile con mucha concurrencia; y en la plaza de la Constitución tocó la banda popular. Tanto en este paraje como en los demás de la ciudad, lucían iluminaciones extraordinarias, mientras la música del Regimiento de Burgos los recorría, deteniéndose a obsequiar con serenatas a las autoridades, jefes y vecinos distinguidos de la población, que,

en masa, se hallaban en las calles poseídos del natural entusiasmo.

El día 9, a las doce de la mañana, el General Gobernador revistó a las tropas formadas en gran parada en la Esplanada, dirigiéndolas una vibrante alocución, en la que parecía consolar a los soldados de no haber participado de la fortuna de vencer a los marroquíes, con estas frases que constituyen el imperativo del deber militar: «Nosotros—dijo—firmes en este interesante punto que S. M. la Reina se ha dignado confiarnos, sabremos defenderlo, hasta derramar la última gota de nuestra sangre». Tanto la revista como el desfile subsiguiente fueron presenciados por Mahón entero.

Por la tarde, la Oficialidad de los Batallones Provinciales de Lérida y Tarragona improvisó una *ponchada*. El acto rebosante de animación y propósito para exteriorizar la alegría de los reunidos dió ocasión para que se manifestara la eflorescencia poética que, en aquella sazón, invadía a todas las clases y estados y aunque los versos, improvisados según leemos, no han llevado a la inmortalidad a sus autores, ni esta exhumación ha de alcanzarles la gloria que aun no han conseguido, nos sentimos inclinados a transcribir algunas estrofas que revelan el espíritu propio de la época. El Comandante D. Francisco San Juan Francoli, del Provincial de Tarragona, expresó su adhesión al trono de Isabel II, así:

Brindemos, todos, señores,
por la Reina, es lo primero,
es el grito del guerrero
que tantas glorias nos dá.
Por nuestro valiente Ejército
de virtud santa, modelo,
que ha remontado su vuelo
donde nadie alcanzará.
Y por el noble caudillo
que nuestras huestes conduce;

vedle, en su frente cual luce
 laurel de inmortalidad.
 Mirad a los compañeros
 ir de victoria en victoria
 llenando de excelsa gloria
 el libro de la verdad.

.

El autor, que tanto entusiasmo ponía en la proclamación de sus tres ideales, Reina, Ejército y O'Donell, mostró práctica y eficazmente su adhesión al primero dos meses más tarde, exteriorizándola de modo persuasivo ante las tropas que el General Ortega había llevado engañadas a los Alfaques, mereciendo ser recompensado por su actitud. De un tono más subido, de más ardiente fervor por la Soberana, era expresión el brindis de un Subalterno, que dijo así:

¡Defender a Isabel... es nuestro Norte!
 ¡Sus banderas seguir, es nuestra estrella!
 Y aunque volcanes el infierno aborte
 Es nuestra gloria... el sucumbir por ella.

La noche del mismo día 9, el Teatro se iluminó espléndidamente; y en sitio preferente del coliseo se colocó un retrato de S. M. la Reina que fué descubierto mientras la Compañía de ópera cantaba un himno dedicado a celebrar la victoria de Tetuán. Terminada la función se pidió y obtuvo la repetición del himno y, enseguida, llevado dicho retrato por los abandonados de los batallones provinciales de Lérida y Tarragona, en medio de numerosas luces y seguido de infinidad de personas y de la música del Regimiento de Burgos, entre vivas y gritos de alegría, se formó una manifestación que recorrió las principales calles de la ciudad.

El Casino Mahonés, intentó el día 10 obsequiar al pueblo

con la *clásica cucaña* pero el viento se mostró contrario a los festejos y privó a los entusiastas, de este sencillo divertimento.

Del mismo entusiasmo y a la medida de los elementos con que contaban fueron las fiestas que se celebraron en los demás pueblos de la Isla.

Después, duró mucho tiempo la huella de esta brillante etapa de la historia nacional; llegó la Paz y se solemnizó la noticia con iluminaciones en los edificios públicos y particulares y con serenatas y el ambiente creado por la lucha, aún dió pié, entre otras, a notas festivas de las que por su cómico carácter quiero anotar el inocente pasatiempo de los vecinos de la calle de S. Fernando que la noche del domingo 17 de Junio, en el cruce de dicha calle con la de la Reina (hoy del Mariscal Foch) alzaron una tienda de campaña y vistiendo y pintando al modo de los moros a dos pobres diablos, seguramente, los situaron en la puerta de la tienda armados de unas espingardas.

Esta sencilla ocurrencia complementada con el resplandor de las fogatas que encendieron de trecho en trecho de calle y amenizada con los aires nacionales que ejecutaba la banda militar, concentró a toda la población en aquella vía, que hoy está caracterizada por la tranquilidad imperturbable de su vecindario, tan simpático como pacífico.

* * *

En la mayoría, casi en la totalidad de las manifestaciones que hemos indicado se hacía patente el sentimiento de adhesión al trono de Isabel II. No es raro, pues, que cuando el Capitán general de las Baleares sorprendió a todos llevándose inesperadamente los Batallones provinciales, que embarcaron la noche del 30 de Marzo, con el oculto propósito de intentar la proclamación del Pretendiente, la ansiedad en Mahón fuera **inmensa, y grande la satisfacción al saberse el fracaso de la**

intentona, por el que todas las corporaciones felicitaron al Gobierno, experimentando a la vez un natural sentimiento de piedad hacia el extraviado caudillo, que por su juventud y el interés demostrado por Menorca, se había hecho simpático en su reciente visita a la Isla.

Y el mismo sentimiento de general adhesión, que fomentaban los beneficios otorgados a esta Balear por el Gobierno, hizo que tuvieran gran resonancia los festejos con que se obsequió a la Reina en su visita a Menorca llevada a cabo en Septiembre del año 60. No hemos de detenernos a describirlos, porque han sido detalladamente explicados, ya en el folleto que a dicho acontecimiento dedicó Hospitaler, ya en las obras que tratan de la Historia de la isla.

Como detalle, que no ha adquirido publicidad, y merece consignarse, diremos tan sólo, que al hacerse los preparativos para recibir a la regia comitiva, el General Gobernador manifestó al Comandante militar de Ciudadela la falta de caballos en esta ciudad, para que los acompañantes de S. M. pudieran subir desde el muelle al alojamiento real, rogándole los solicitara de los Señores ciudadelanos que pudieran proporcionarlos. Fueron éstos; el Conde de Torre Saura, D. Mariano Sancho, antes de Sintas, D. Lorenzo Salord y D. Marcos M.^a Carreras.

Y, finalmente, para que no queden sin sentar los sucesos de importancia insular más salientes del año 1860, digamos que el nuevo Capitán General D. Pedro Mendinueta, visitó a Menorca, poco después del suceso de S. Carlos de la Rapita; quedó establecida la comunicación cablegráfica con la Península, se levantó el faro de la isla del Aire y los mahoneses se enteraron prácticamente de las favorables condiciones en que se desarrollaba la Sociedad mahonesa de vapores dando la vuelta a la isla en el «Menorca» y en el «Mahonés» en dos domingos que fueron días de fiesta para Mahón y Ciudadela y de alegría para los excursionistas, orgullosos de ver próspera y fuerte una entidad menorquina de tanta utilidad y con-

veniencia para el país. Por triste coincidencia ha correspondido a nuestra generación el ver como los propios mahoneses disolvían en medio de la general indiferencia aquella empresa grande con tanto entusiasmo iniciada.

* * *

Quedan de aquella época, aparte de la gumía que hemos citado y del sable que usó el General Hédiger en la batalla de Wad-Ras, que honran el Museo Municipal, los nombres de la calle de Isabel II, que sustituyó a los de S. Cristóbal y Moístín y del paseo de Isabel II, que sustituyó al de la Esplanada.

Pasó, sin embargo, aquel entusiasmo general; la personalidad de España se afirmó tanto como el trono de la Reina con la guerra de Africa, aunque fuera estéril el fruto logrado en lo que atañía a nuestros intereses africanos. Las figuras más salientes de aquel período, el más brillante del reinado, o abandonaron a la Reina o fueron sus enemigos; a los ocho años de los sucesos relatados cayó el trono de Isabel II, y lo que parecía unanimidad de adhesión en 1860 fué insignificante minoría en 1868. Hoy, sin embargo, sigue ostentando Mahón en una calle y un paseo el nombre de la que pareció intentar la ejecución del testamento de su católica predecesora. Y debe seguir siempre ostentándose, porque es un símbolo, es el símbolo de una época en que la prosperidad de Menorca corrió parejas con la grandeza de España.

José Cotrina

C. de la R. A. de la Historia